

dad, pues abajo solo tenia dos cuartos y arriba dos viviendas, de las que una estaba ocupada.

Con un cargador mandaron por comida á una fonda, é inmediatamente que comieron, envi6 Eufrosina por sus trastos, los puso en su casa: fué á una almoneda, compr6 otros varios muebles, y se habilit6 de la primera criada que encontr6. Luego que estuvo todo corriente, volvi6 á casa de Carlota que le di6 trescientos cincuenta pesos que habian dado por el hilo, y despidiéndose Eufrosina le di6 las gracias por su empeño. Carlota no creia su dicha de verse libre de semejantes huéspedes, se despidió tambien con el mayor cariño, dándoles mil abrazos apretados.

No tuvo Eufrosina la atencion de dar parte á su cuñado de casa nueva; pero por Welster y Carlota supimos su método de vida, y algunas aventuras de Pomposa, dignas de que se lean en el capitulo que sigue, para ver el fruto de una mala educacion, y peor direccion de una madre sin juicio ni talento.

CAPITULO XVI.

En el que se da razon de una estraña aventura que le sucedió á Pomposita.

NADIE debe estrañar que en lo que sigue de esta verdadera historia falten algunos personajes cono-

cidos, y se presenten otros nuevos. Esto es general en el discurso de la vida: conocemos y tratamos á muchos sugetos en diversos tiempos y lugares; pero de estos, unos se enojan, otros se van, otros se mueren, y de unos sabemos su paradero, y de otros no, al tiempo que vamos adquiriendo nuevos conocimientos de personas que sustituyen el lugar de los ausentes. Conque si esto es general, el lector, por consuelo que sea, nos permitirá que continuemos la relacion de los sucesos de Pomposa y de su buena madre.

Esta era alegre, y la hija no era triste. Resucitaron sus antiguas amistades, y adquirieron otras. Las diversiones, tertulias, paseos y frascas eran continuas. Los trescientos cincuenta pesos que dieron por el hilo de perlas, y ellas creian serian eternos, porque nunca habian conocido la economía, se iban disminuyendo por la posta; pero los cortejos se aumentaban. Era preciso obsequiarlos con café, chocolate, aguardiente, pulque y envuelitos, segun la hora y el gusto de los caballeros. Doña Eufrosina siempre fué obsequiosa y liberal, y no quisiera parecer pobre ni por todo el oro del mundo.

Con tal franqueza no solo se acab6 el dinerito, sino que fueron á visitar el montepío y las tiendas varias alhajitas, tunicos y tápalos del uso necesario.

La necesidad con su cara de diablo ó de suegra,

que todo es uno, se iba acercando mucho, y tanto que ya subía las escaleras de la casa. No es necesario ponderar la afición de estas buenas señoras: ella crecía á proporción que las escaseces, y ya estaban para ahorcarse, cuando una niña, amiga íntima de Pomposa, que había aprendido con escritura el arte de la coquetería, la salvó aunque á caro precio, enseñándole unas máximas ciertamente dignas de las señoronas de su clase.

Quisiera omitir su relación; pero se me hace escrúpulo, porque puede ser muy útil á los hombres su noticia.

Reducianse las dichas máximas á veinte, y eran estas,

1. Aprecia al que tenga dinero, sea quien fuere.
2. Al que tenga mas, hazle mas aprecio, de modo que tu estimación se mida por el caudal de tu cortejo.
3. Escasea tus favores, y procura siempre venderlos caros.
4. Fingete zelosa unas veces, y otras simple, segun te convenga.
5. No desprecies ningún obsequio, sea el que fuere.
6. A los mezquinos, pídeles sin vergüenza.
7. A los que no den nada, échalos de tu casa: porque hacen mala obra sin provecho.
8. Engaña al que sea bobo y se deje.

9. Aprovéchate del primer ímpetu del que te quiera.

10. No creas á ningún amante, aunque haga por tí los mayores sacrificios y finezas.

11. No te apasionen ni pienses en casarte con pobre: únete primero con un negro, un gálico ó un herege, pues todos estos y mayores defectos son disimulables con la plata.

12. Mírate al espejo cuando te compongas, y ensáyate á hablar, despreciar, favorecer y dar esperanzas con los ojos.

13. Aprecia tu mérito mas que el de todo el mundo.

14. Sé desdeñosa unas veces y otras franca, segun las ocasiones y los sujetos con quienes trates.

15. Date á deseo y olerás á poleo, á torongil y á rosa.

16. Recluta cuantos adoradores puedas, y procura sacar ventaja de todos.

17. Ofréceles á todos y no cumplas á ninguno.

18. Desconfía de todos, y guárdate no por honor, sino por necesidad.

19. Vístete con lujo aunque no comas.

20. En todas tus correrías amorosas, ten por último fin el interés.

Tan bellas máximas no podían menos que agradar mucho á Pomposita. En efecto, las aprendió de me-

moria y las practicaba al pié de la letra. Dentro de pocos dias comenzó á percibir el fruto de su aplicacion.

Lo primero que hizo fué darles su retiro á los pobres y mezquinos, como gente inútil y pesada. A todos los demas los pelaba con bastante sagacidad. Cuando veia un cintillito, un pañuelo ú otra cosita que le agradaba, comenzaba á alabárselo á su dueño delante de otros con tanta repeticion, que lo obligaba á decirle: *Sírvase usted de ello, señorita*, y entonces, despues de una ligera resistencia, lo tomaba, y con un *mil gracias* quedaba pagada la tal cosa.

Otras veces con un *si yo tuviera: asi que tenga: dias ha que estoy deseando*, y otras frasecillas semejantes, les arrancaba á los miseñores lo que podia.

Tambien habia ensayado á su criada para que cuando fuesen ciertos y determinados señores, entrase ella á vender lo que le diera. La criada hacia el papel muy bien, porque entraba con un tápalo de seda, por ejemplo, de los que no le habian visto aquellos sugetos á Pomposa, y decir: Señorita: vea usted que chulo tápalo vende Doña Fulana, y tan barato. A esto se seguia ver el tápalo, alabarlo mucho y preguntar por el precio: entonces respondia la criada que seis ú ocho pesos pedian por él. Es dado, decia Pomposa; pero no tengo dinero por ahora: si lo tuviera, no me quedara sin él, pues lo menos que

valen esos tápalos son veinticinco pesos. Entonces no faltaba un garboso que metiera mano á la bolsa y diera el dinero de contado. De esta manera se vendia Pomposa sus friolerillas cuatro ó cinco veces.

Así pasaron algunos meses muy alegres á costa de los bobones que se sacrificaban á competencia, deseando cada uno ser el poseedor de aquella belleza encantadora.

Como el pleito que tuvieron no fué conmigo, jamas me negaron la entrada á su casa; antes les agradaba, porque juzgaban que yo daria noticia al conde de sus bonanzas. Ello es que con este pasaporte yo tenia lugar para observar de cerca todas sus gracias.

Pomposa y Eufrosina, cada una por su parte procuraban sostenerse. Aquella con sus ardides y esta con el disimulo. Yo no he visto prudencia igual á la de la buena Eufrosina.

Por lo ordinario dejaba sola á su hija en el estrado charlando con sus enamorados, y ya se debe inferir que no hablarian de sermones ni jubileos. Otras veces los veia tan separados de su hija que entre los cortejantes y ella no cabia un alfiler; y otras, retozar con los jovencitos con tanta familiaridad como si fueran sus maridos. A Eufrosina sin embargo, nada le espantaba: de todo se reia; y cuando mucho, solia decir á su hija. Soslégate niña: no seas tan jugeto-

na: ¿qué dirán los señores? A ese tiempo todos la disculpaban con su corta edad, y la señora quedaba muy contenta y satisfecha. ¡Ah que madre!

Yo me admiraba al ver cómo tan íntima familiaridad entre ellos y ella no producía algun desaguisado fusesto para Pomposa; pero es cierto que unas pasiones destruyen ó enfrenan á las otras. Ella se defendía no por virtud sino por vanidad.

No faltaban entre los visitantes algunos hombres de bien y acomodados que propusieron ventajosos casamientos á Pomposa; mas ella todo lo despreció, porque tenía firme vocacion de ser marquesa, y por entonces no la pasaba mal con su modito; pero ¿qué cosa es permanente en esta vida?

Al cabo de cinco ó seis meses de esta buena vida, fueron todos los cortejantes desengañándose de que Pomposa no pensaba sino en estafar ó ser marquesa; y enfadados de su locura y mala fé, se fueron despidiendo poco á poco, hasta que no quedó en la casa mas visita que un triste meritorio de oficina.

Ya se deja entender que luego que tocó retirada aquella tropa auxiliar, el ejército enemigo, la cruel necesidad, se fué acercando á marchas forzadas á la casa de Pomposa.

Se volvieron á empeñar las preñitas, á contraer drogas, á darle plazos y mas plazos al casero, y á experimentar las indigencias que al principio: y no

hubiera sido esto tan fatal, si no hubiera sido mas; pero por desgracia, el maldito meritorio, el mas zonzoso, el mas pobrete y despreciable, como se quedó solo en la casa, se hizo el objeto de todas las atenciones y confianzas de Eufrosina y Pomposita.

El aparentaba un amor intenso y una compasion entrañable á una familia tan decente, honrada y digna de ser protegida por un príncipe. ¡Cuántas veces este picaron mezcló sus lágrimas con las de Pomposa al escuchar sus infortunios y desgracias! La simple muchacha creía sus fingimientos, y le manifestaba su gratitud con espresion: él aprovechó estos funestos instantes, y apretó el cerco hasta rendir aquella fortaleza.

La madre, tan engañada como la hija, y por otra parte, asegurada de su alto modo de pensar, jamas creyó lo que pudiera suceder, y así les permitía unas confianzas desmedidas, y les proporcionaba mas lugar del que se habia menester.

Cuando el tunante conoció que la debilidad de Pomposa no podia dejar de descubrirse, hizo lo que acostumbran sus semejantes, dió media vuelta, y no le volvieron á ver la cara.

Eufrosina no sabia á qué atribuir aquel retiro que sentía verdaderamente, y mas cuando se informó y supo que ya no estaba en la oficina en donde habia comenzado su carrera. Pomposa bien presumia lo

que podia ser; pero procuraba disimular su sentimiento lo posible.

No tuvo igual prudencia la naturaleza. De dia en dia se esplicaba con mas claridad, causando ansias terribles á Pomposa. Esta no pudo menos que descubrirse con una de sus buenas amigas, quien le dijo:—no te apures, niña, para todo hay remedio: yo te traeré una bebida con que te cures en un dia esa obstruccion.

La oferta no pudo ser mas criminal; pero Pomposa se amaba mucho: conoció cuánto valia el honor de una muger, despues de haberlo perdido: quiso á lo menos sustraerse de la pública nota, y ya que no tuvo vergüenza para ser madre, la tuvo para mostrarse tal. Ahogó en su corazon los sentimientos de la naturaleza, se hizo desentendida al terrible grito de su conciencia, y acumulando un delito á otro, bebió el infernal licor con mucho gusto. Mas fuérase por la robustez de su salud, ó por la ineficacia de la bebida, no correspondió el écsito á su deseo, sino que le hizo buen provecho. Entonces ella ocurrió á su caritativa amiga, quien prometió sacarla del cuidado.

En efecto, á la mañana siguiente le llevó un frasquito, y en él unas cuantas cucharadas no sé de qué brevage condenado. Mandó que tomase dos á las diez del dia, dos á las cuatro de la tarde, y dos á las nue-



Pudenciana

ve de la noche, asegurándole que si al día siguiente no estaba buena y sana, era su última voluntad que la ahorcaran. ¡Tan cierta estaba esta maldita consejera de la eficacia de su licor!

La inconsiderada Pomposa, deseando desembarazarse prontamente del mal que la afligia, se hizo cargo que si seis cucharadas repartidas habían de obrar en veinticuatro horas, tomadas juntas obrarían lo mismo en mucho menos tiempo: engañada con este falso argumento, se bebió casi todo el frasquito de una vez. Ignoraba la ilustradísima Pomposa que una misma droga, ó llámese medicamento de la botica, puede ser remedio ó veneno según fuere la dosis en que se tome; pero esta ocasión lo experimentó bien á su costa.

A la media hora comenzó á sentir unos retortijones terribles que procuró disimular; pero como se aumentaban por instantes, no pudo disimularlos con igual entereza. Los dolores terribles, la hemorragia, las náuseas, la convulsión y síncope fueron tales, que pusieron á su madre en el mayor cuidado. Se llamó al médico, y este que no era lerdo, conoció la causa, y así se lo dijo á Pomposita en un descuido de su madre.—Señorita, le decía, usted me asegura que es doncella; pero los efectos que veo me aseguran que no lo es, y aun conozco la causa de su mal.

¡Oh señor doctor! dijo Pomposa: usted es el hom-

bre feliz del P. Almeida, pues conoce la causa de mi mal.

El médico se sorprendió con tan inesperada erudición; pero deseando instruirse á fondo de todo cuanto le interesaba, trató de que Doña Eufrosina le diera lugar, y como no era tonto, lo supo hacer con disimulo.

En estos intermedios le dijo á la enferma:—usted ha querido sanar de una vez, y ha tomado algun veneno activo: dígame cual es, porque le importa.

Entonces ella sacó de debajo de la almohada el frasquito con lo poco que le habia quedado, y se lo dió al médico. Este lo olió, lo probó, y falló que tomado en semejantes dosis era un legítimo veneno que obraba como tal, aunque no con la prontitud del arsénico.

En fin, á fuerza de leche, vomitivos, emolientes y confortativos, consiguió sacarla del peligro, sin poder impedir el efecto, y lo peor de todo fué que Doña Eufrosina lo advirtió: porque como no habia muchas criadas, y Pomposa contaba ya cuatro meses de enferma, salió EL MAL y lo vió su madre.

En aquel instante disimuló; pero apenas se alivió Pomposa, cuando se lo dijo, y la comenzó á tratar con la mayor dureza, negándole su mesa, su conversacion, y añadiendo á este trato los mayores denuetos é improprios. De tal y cual no le bajaba un pun-

to; y no satisfecha con aspereza semejante, dió en ponerle las manos con frecuencia.

Pomposita no estaba acostumbrada á estos regalos y así, no teniendo mas abrigo que sus tios, se fué un dia á su casa, contó cuanto le habia pasado: el coronel la escuchó con caritativa compasion, y la acogió con lástima.

Eufrosina disimuló al principio la fuga de su hija sabiendo donde estaba; pero como le hacia falta, la estrañaba; porque hay muchas madres que se atienen á sus hijas para comer, y tratan de recogerlas aunque les quiten el bien que logran, porque en no teniendo carne el anzuelo no cae el pez. Ellas son los anzuelos, sus hijas la carne, y los peces, los hombres que bobamente se dejan engañar.

Ello es que la buena madre fué á casa del coronel para sacar á su hija. Ni esta queria irse, ni aquel dejarla; pero fueron tantos los retobos y necedades de Eufrosina que D. Rodrigo, no pudiéndolos sufrir, consintió en que se la llevara, diciéndole antes:—que se vaya la muchacha enhorabuena; mas tenga usted entendido, que va á ser enteramente infeliz, y usted mas bien que ella tiene la culpa. Ya la hizo desgraciada en lo privado con su mala educacion, perverso ejemplo y criminal consentimiento, y ahora quiere servirse de ella como de un medio indigno y criminal para vivir..... ¡Pobre muchachal

Ella va á prostituirse al lado de su madre, y á vivir como una mercenaria de su cuerpo. Cuantas fueran menos infelices si no tuvieran semejantes madres!

No quiso aguantar mas Doña Eufrosina: y así, haciendo un dengue colérico, le respondió: hermano, yo no vine á que me prediquen, sino á llevarme á mi hija. ¿Qué le importamos á usted ella ni yo? ¿ha de dar usted cuenta á Dios de nosotras? pues déjenos que nos lleve el diablo. Conque vistete, muchacha, y vámonos antes que me acabe de enfadar.

El coronel, sin hablar otra palabra, la dejó charlando: Pomposa se vistió, se entró á despedir de sus tios, y se fué con su buena madre.

CAPITULO XVII.

Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita: desalinada inversion que le dieron al último dinero que esperaban tener, y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra este vicio detestable.

MIENTRAS que mi tutor, Doña Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no pensaba mas que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado ni á nadie de su familia, escepto yo, que como sabia hacer mi papel por disposicion de mi tutor, nunca

tomé partido descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicarlas y estar al alcance de todo lo que ocurría en su casa, por si se les ofreciere cosa en que servir las, y porque cuando podía percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor segun me tenia encargado, y por su orden les dejaba con disimulo en las almohadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese objeto, y con encargo especial de que nunca dijese nada á nadie.

Como desde los primeros dias de la separacion comenzaron á tener escasez, porque ciertamente nada tenian seguro, y los contertulios no concurrían, porque la casa de un pobre apesta á diablo revolcado en caño de bodegon, Doña Eufrosina echando cálculos, se acordó de la carta de dote que le dejó D. Dionisio por la cantidad que habia cogido de sus nombramientos de huérfana, y me encargó de su cobro, lo que con la direccion y resortes del coronel que tomó empeño bajo de secreto, se logró que el juez del concurso, de consentimiento con los acreedores, mandase librar la cantidad que me exhibió el depositario, y yo llevé á Daña Eufrosina.

No puede ponderarse el gusto con que Doña Eufrosina y su hija tomaron el dinero, del que empezaban á discurrir la mas célebre distribucion, en lo que les fué á la mano, manifestándoles que nunca

necesitaban de mas juicio que esa vez, porque esa cantidad era la última que pudieran haber, y no quedaba ya esperanza alguna. Les aconsejé que buscasen con empeño una velería, chocolatería ó bizcochería que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que mientras se adiestraban en el giro yo les auxiliara lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas, los cohetitos y demas menudencias que se espenden en las velerías; mas por último, demostrándoles yo que peor que todo eso era morir de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo, y quedaron resueltas á buscar desde el dia siguiente una casa que traspasar y me encargaron la solicitase.

Me fui y conté á mi tutor la buena disposicion que tenían, de lo que Doña Matilde se alegró mucho; pero él se sonrió, meneó la cabeza, y dijo: "la cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas; mas dudo que lo hagan, porque allí no hay cabezas." Le repuse que yo creia que lo harian porque ya la fortuna les habia dado buenos golpes, yo les habia demostrado que no tenían ya otra esperanza, y ellas convencidas de todo, se habian resuelto á tomar ese nuevo modo de vivir, para no esponerse á perecer otra vez, y el coronel contestó: "todo está muy bue-

no, quiera Dios que tenga efecto tan laudable proyecto."

Al otro dia salí empeñado á buscar casa de comercio á propósito para que la traspasaran, y tuve la *chiripa* de encontrar con una bizcochería y chocolatería en la calle de la Merced, que tenia una habitacion interior de dos piezas y su cocinita con uso de patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendia al dia que menos doce pesos, querian cien pesos de traspaso, y de ecistencia tendria trescientos. Creí no podia darse cosa mas análoga, y que allí asegurarían su subsistencia viviendo frugalmente: y muy contento con tales ideas, me fui á avisarles á las cinco de la tarde. Pero ¡cuál seria mi sorpresa y disgusto, al ver que ya habian empleado mucha parte del dinero en cortes de tánicos, tápalos, medias, bretañas, canapés de moda, rinconeros, sillas, tocador, etc. etc. Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenían necesidad de todo eso, porque no habiéndose oriado en la miseria, no podian privarse de cosas tan precisas, ni querian verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto: y terminaron con decirme que no me apurara, porque aun les quedaban doscientos cincuenta pesos. Hiceles presente que habian cometido una gran locura, porque nada de aquello les urgia, y debieron primero asegurarse de una casita que les diera el pan de cada

dia, y de la que despues podrian ir sacando proporcionalmente para ropa, y algunos muebles indispensables. Oyeron todo con mucho disgusto, concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante para tomar la casa que yo les proponia, y que por lo mismo se resolvian á buscar otra de menos precio.

Acabamos nuestra contestacion, cuando empezaron á entrar algunas de sus antiguas amistades, que habiéndolas visto casualmente por la mañana en la compra de la ropa y demas cosas, calcularon, y muy bien, que era tiempo de volver á divertirse algunos dias á costa de aquellas celebérrimas tontas. Cada uno á su vez, preguntaba el origen de aquella *bolichada*, decian que se alegraban de tan buena suerte, daban sus consejos para la mejor inversion que debia darse á aquel *gran caudal* que les quedaba, y remataron con que para celebrar tan buena ventura, era necesaria una diversioncita, aunque fuese casera, y quedó esta concertada para la noche del domingo inmediato, encargándose cada uno de convidar algunos conocidos, y Doña Eufrosina de prevenirles una merienda, y buscar músicos que no fueran chambones.

A las oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, llenó de tristeza por contemplar que Eufrosina y su hija iban á dar al traste en pocos dias con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles que

comer por algun tiempo, si hubieran sido capaces de juicio. Luego que llegué á casa, conté á D. Rodrigo y su esposa cuanto habia pasado; se desazonaron bastante, y el coronel dijo:—pero ¿qué quieren ustedes que hagan dos personas que nunca han conocido la economía, que no han hecho mas que gastar sin saber lo que gastaban, y que jamas hubo quien les dijera en el mejor tiempo el modo de manejarse, para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina? Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las señoras mugeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices, ni hacer dichosos á sus maridos é hijos: pues las virtudes domésticas no son mas que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal, y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administracion de todo lo que concierne á la ecsistencia de la familia ó de la casa: y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraido especialmente la palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud, porque el que no hace ningun gasto inútil, se encuentra siempre con un sobrante

que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona y á su familia todo lo que es verdaderamente cómodo y útil, sin contar que por este medio se aseguran algunos recursos contra las pérdidas accidentales é imprevistas, de suerte que cuantos de él se rodean, viven en una dulce comodidad que es la base de la felicidad humana. Por el contrario, la persona que cae en los vicios de disipacion y prodigalidad, viene á verse privado de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acreedor, y queda abominado de todo el mundo. El amor paterno se esplica en el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraer á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida, unos goces honestos, y auxilios que se hacen sentir á cada instante, y que aseguran á su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y miserias de todo género que agobian esta edad. Pero por desgracia muchos padres se estravian en esta parte: no aman á sus hijos, sino que los acarician, les satisfacen todos sus caprichos y los echan á perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano D. Dionisio, y este el origen de que estas pobres

mugeres no tengan hoy cabeza para nada útil, y solo piensen en despilfarros.

Habiendo llamado mi tutor, le dijo Doña Matilde: —todo es una verdad muy sensible para mí, porque veo que ya no tiene remedio la última ruina de mi hermana y sobrina, pues solo Dios, como se lo pido, puede hacerlas entrar en acuerdo, y mantenerse honradamente, y sin las congojas que consigo trae ese modo de vivir tan desarreglado.

El domingo inmediato estuve á las oraciones de la noche en casa de Doña Eufrosina, en donde ya encontré una concurrencia que no esperaba, con una música regular, y á las señoras de la casa con todos los atavíos del gran tono. A poco comenzó el baile, que rompieron Pomposita y un oficial que estaba allí haciendo el primer papel, siendo acreedor tambien al primer puesto en los presidios de Islas Marianas por la notoriedad de sus depravadas costumbres, pues pertenecía á una pacotilla de léperos de casaquita y fraquecito, que llamaban *el manojito*, y vivian á espensas de los tontos que los admitian en sus casas para sus diversiones, en las que por modo de broma y *á si pega*, se embolsaban las cucharas y tenedores, cambiaban su repelo de sombrero con los buenos que llevaban los hombres decentes, dejaban sus otates, y se llevaban buenas cañas y paraguas, y á ese modo hacian otras travesuras de ingenio, con que se habi-

litaban para sus necesidades de burdel etc. etc. De esa partida habia en la diversion de las Langaruto unos cinco ó seis, que todos á su vez bailaban, cantaban y brincaban, comian y bebian sin tino y sin tasa, antes de la merienda, en la merienda y despues de la merienda. Esta fué muy buena, pues ni Doña Eufrosina ni su hija querian heder á pobres, sino quedar bien en su fiesta aunque el día siguiente fuera necesario empeñar algo para comer. Yo aunque al principio me incomodé con todo aquel desbarato, convenciéndome de que no tenia remedio, me hice el ánimo de divertirme bailando mis contradanzas, que es lo que me agrada por lo que aprovecha el ejercicio.

Al concluir una de ellas fui á sentarme, y observé entre la concurrencia una señora de ochenta años, otra de sesenta y otra de cuarenta con una sobrina de veinte á veintidos. Cierta instinto hizo que me arrimase á esta última, la cual me dijo al oido:—¿qué le parece á usted de mi tia, que con su edad quiere tener cortejos, y hacer la niña?—No tiene razon, le dije, que eso en quien cae bien es en usted. Poco despues me puse junto á la tia, y me dijo esta:—¿no ve usted esa vieja que cuando menos, ha cumplido los sesenta, y ha gastado hoy mas de una hora en el tocador?—Pues pierde su tiempo, le respondí, menester seria que tuviera el mérito que usted para pensar así.

Arrímome á la desventurada sesentona doliéndome en el alma de su suerte, y me dice al oido:—¿hase visto cosa mas risible? vea usted ese carcaman, con mas de ochenta años poniéndose cintitas encarnadas, y haciendo la criaturita, y se sale con ello, porque se ha vuelto á la edad de los niños.

¡Ay Dios mio! dije para mí, ¿no veremos nunca mas estravagancias que las del prójimo? ¡Acaso es dicha que nos consolemos con las flaquezas ajenas! Como estaba de buen humor, dije para mi sayo, bastante hemos subido; bajemos ahora, y empecemos por la mas vieja que está en el testero del estrado.—Señora, se parece usted tanto á esta otra dama con quien acabo de hablar, que yo me habia figurado que era su hermana, y creo que son ustedes de una misma edad con corta diferencia.—Es cierto, caballero, me dijo, que cuando se muera una de las dos, mala se la mando á la otra, porque presumo que no hay dos días de diferencia entre ambas

Oida esta decrépita, me llego á la de sesenta, y le digo:—es menester, señora, que falle usted una apuesta que acabo de hacer, porque he apostado que usted y aquella señora (señalando la de los cuarenta años) tenían la misma edad.—A fé mia, me respondió, que creo que no hay medio año de diferencia.

¡Bien va! continuemos. Fui mas abajo y acercándome á la de los cuarenta.—hágame usted favor, se-

ñorita, de decirme si se chancea cuando llama sobri-
na á aquella otra señorita que está allí. Tan niña
como ella es usted y aun tiene ella en la cara un no
sé qué aviejado, que no hay en la de usted, esas me-
gillas luego de color de escarlata tan vivo, ese....—
Oiga usted me respondió, de veras que soy su tia; pe-
ro su madre tenia veinticinco años largos mas que yo,
porque no éramos de la misma edad, y he oido decir
á mi hermana que habia nacido su hija el mismo
año que yo.—Bien lo decia, señora, y no sin razon
estrañaba tanto el parentesco. Esta ocurrencia me
hizo entender que las mugeres que se ven morir po-
co á poco perdiendo su hermosura, querrian retroce-
der hácia su juventud. ¡Ah! ¿pues cómo no han de
anhelar por engañar á los otros, cuando se afanan
por engañarse á sí propias, y zafarse de la mas triste
de todas las ideas, que es para ellas la de afearse y
enviejarse.

En estas reflexiones estaba yo distraído, cuando
me llamaron la atencion infinidad de palmoteos que
daban *los del manojito*, gritando desde la puerta que
entraba á la pieza donde habiamos merendado:
“Señores y señoritas, aquí hay otra diversion para
los aficionados: Morales ha puesto el montecito con
cincuenta pesos. En el momento se metieron á di-
cha pieza, y los siguieron algunos concurrentes pi-
cada o de la araña, y á poco Doña Eufrosina fué tam-

bien diciendo que iba á ver si sacaba los costos de
la diversion. Lo que debia temerse de que jugara
una señora que no entendia mucho de eso, y que iba
á ponerse con los maestros de Birjan (1) como ta-
hures y fulleros de profesion, me hizo seguirla y
aconsejarla no hiciera tal disparate; mas nada fué
bastante á contenerla, y fué el resultado que aturdi-
da con las primeras pérdidas se cegó, y poniendo
paradas de consideracion, antes de hora y media no
le quedó ni medio, ni mas recurso para pagar á los
músicos, que empeñar al dia siguiente alguna ropa,
porque hasta las alhajitas habian ganado ó robado ya
los pícaros del manojito, que todos hacian pala á su
compañero el montero, cometiendo cuantas faltas y
groserias les eran peculiares, negando á Doña Eu-
frosina algunos pedidos que hacia para seguir ju-
gando, y contestándole que solo prestaban sobre
Pomposita.

Esto desazonó enteramente á madre é hija, y los
concurrentes que lo advertian se fueron saliendo,
así como los señores del manojito, que á mas de su
mala ganancia se llevaban ya algunas servilletas y
pañuelos en la bolsa, segun lo tenian de costumbre:

(1) Así suele llamarse el juego, aunque equivocándose
el nombre de Bilhan, que parece haber sido el inventor de
los naipes, ó su primer fabricante.—E

y yo que vi en mi reloj las once largas, afligido porque me habia distraído tanto, y porque se habria incomodado justamente mi tutor, me despedí y fui con violencia á casa, donde solo me aguardaba el portero para abrir el zaguan, que cerrado á mi satisfaccion me fui á acostar, y dormí hasta las nueve del siguiente dia, por no estar acostumbrado á desvelarme.

CAPITULO XVIII.

Nócia de donde estaba D. Dionisio, su nueva fortuna, su llegada á México, y conducta que entabló. Por su muger é hija cae en una cama, y muere. Ingratísimo modo de obrar de Eufrosina en este lance.

Como me levanté tarde, ni pude ni tuve ocasion de decir nada hasta el medio dia en la mesa, á que casualmente asistieron ese dia Pudenciana y su marido, é impuestos todos de cuanto desórden habia visto en casa de Doña Eufrosina el dia anterior, se lamentaron de las desgracias que eran consigüientes á esa conducta, y mi tutor tomando oportunamente la palabra, dijo:—la conducta de esas miserables me parte el alma, y mas porque veo que no tienen remedio; pero ya que me dan ocasion, diré á ustedes lo que he observado muchas veces con respecto á la odiosa y criminal pasion del juego. A instancias de algun concurrente se permite por una sola vez y